

El yo en tercera persona

Manual para mujeres de la limpieza

de Lucia Berlin

Brenda Ríos

NO HAY MANERA DE HABLAR DE OTROS SIN HABLAR DE UNO MISMO. No hay manera de hablar de uno mismo sin hablar de los demás. Uno es lo que construye de sí a partir de lo que lo rodea. Quien crea estar solo y habla por él mismo no sólo padece de una ilusión vana sino de un ego tal que oculta la multitud que hay en cada persona.

Pero de ahí a lograr escribir una obra desde la autorreferencialidad ya sea por incapacidad de movimiento o falta de interés de no salir de ahí, de uno mismo como lugar, como espacio y a la vez como un tiempo de exploración, merece una inmersión aun si breve. No hay mayor lugar de búsqueda —parece la conclusión de Lucia Berlin— que la vida, la ficción de esa vida que no guarda intimidad. La sobreexposición de esa misma intimidad será el extremo; de tanto revelar oculta, de tanto ponerse en el centro se vuelve periférica. Como en una fotografía que se sobreexpona la consecuencia es la luz, y esa misma claridad abarcará todo.

En los cuentos (¿relatos, crónicas?) que componen *Manual para mujeres de la limpieza* Berlin apunta la diferencia entre escribir entre primera y tercera persona, ella dice que el lector tiende a creer más en lo que contamos de alguien más que en lo contamos de nosotros mismos. Sus personajes tendrán otros nombres, pero todo lo que cuenta es ella, materia prima en burdo. La ficción es estorbo. O no, la historia propia es la mejor ficción de todas.

Sus relatos ocurren a partir de dos posturas: una mujer casada que habla desde los sucesos cotidianos: hijos, labores domésticas, viajes familiares; y una mujer-personaje que observa y relata lo que ve. Aun cuando en muchos de los relatos cambia de nombre, el de ella y de los esposos, de quien la rodea, no cambia el hecho de hablar de sí misma. Ella es el personaje central. El cuento menos logrado es uno donde habla uno de sus esposos, luego el abogado y finalmente ella. Es un juego de perspectiva a partir de su encarcelamiento y de su posterior juicio. Ella es personaje secundario ahí. No funciona. Parece algo hecho aprisa, incluso demasiado sentimental, se cae, se desborda. Es un texto laxo, como un traje demasiado holgado.

Ella-personaje tiene la mirada empática hacia los otros, los menos favorecidos, los indios, las empleadas domésticas como lo fue ella misma, la hermana con cáncer, la madre extraña y alcohólica como su abuelo, el padre distante. La reflexión sobre el dinero, sobre la falta de

él, sobre el trabajo duro, sobre la crianza, el matrimonio, las relaciones de pareja, todo está ahí para que notemos lo siguiente: una visión tan profunda, tan ingenua a veces, lejos del cinismo para soportarlo todo. Una mirada que no interviene, no juzga, pero enumera.

En *Manual para mujeres de limpieza* donde cuenta un poco su experiencia limpiando casas va del humor más ácido, políticamente incorrecto, agudo, hasta el extremo de lo sórdido, la pobreza, los viajes en autobús, la distancia insalvable entre clases y razas. La rareza de ciertas personas, los avaros, los crueles, las amas de casa más extrañas.

Los cuentos son mapas de un solo acontecimiento. Un enorme mapa donde el pasado y el presente no tienen la menor importancia sino esos puntos de encuentro donde coinciden. Los sucesos viven en un solo tiempo en la memoria pues es la persona, la experiencia personal, su vida misma, el lugar donde todo pasa. Simultáneas, las historias y las personas deambulan de un cuarto a otro en una casa no muy grande. Se topan frente al refrigerador los tres esposos, los hijos en sus distintas edades, o todos ellos niños y adolescentes. Se topa ella con ella misma, sobria, ebria, en detox. Todo en una sola secuencia.

No puede ocultarse al ojo del lector. Pero justo juega a ello. Por eso la posibilidad de los personajes, la perspectiva, el alcance de una voz que recorre cada centímetro de las alfombras, cortinas, juegos de sábanas. Es en el inventario de tareas domésticas, observaciones vívidas, de lo que se compone el jarro de conserva en sus relatos. Potente, agridulce, guardado en la alacena, espera los tiempos duros, el invierno: el recuerdo-alimento. Si ponemos todas esas conservas en un solo lugar no importará a qué cosecha pertenece, habremos mezclado vegetales/frutos de años distintos. Algo así sucede acá.

Una mujer/personaje tiene padre y madre, tres esposos, cuatro hijos, algunos viajes, tiempo en la escuela, dos o tres idiomas, una gran belleza que sería deteriorada por el gasto natural y por el abuso de estupefacientes; un modo de ver; sentido del humor; amigos; anécdotas; una idea de sí misma; problemas con la bebida; problemas en enfrentar los problemas; una relación intensa con los que la rodean; un problema de comunicación con su madre; recuerdos atorados; recuerdos liberados. Siente; actúa en consecuencia; pide perdón; promete no volver a fallar; se reconfigura; se abstiene del suicidio; mira alrededor y evalúa su vida; perdona; sobre todo eso, perdona.

Sus relatos cuentan de la reconstrucción de un yo más allá del yo. La historia personal, con matices, aristas, pompasidades e imperfecciones inconfesables tiene límites. Hasta cierto punto podemos inventarnos, decir a otro: esto soy yo. Pero somos una plataforma-envase con poca o nula resistencia. Como meter un refractario de material inadecuado al horno: su destino es trágico y predecible, pero esa predicción está ahí sólo para quien sabe el trabajo del horno y los materiales que deben ir dentro. Simple. Pero no lo es.

Berlin pone en entredicho algo que dimos por visto, o, incluso, pensado. No hace falta inventar. El único personaje es uno mismo. Se trabaja sobre esa materia de la experiencia. No es literatura barata, ni confesional, ni poesía de la experiencia, ni ficción para mujeres solas, mirándose las manos, mirando a los demás, como ella misma. Su obra pasa por el umbral que es ella y hace otra cosa. La experiencia personal atraviesa, sale, dispara, duerme, acurruca, canta una canción de cuna, hornea un pan, y se vuelve experiencia de miles. Es un yo plural pero no el yo de la poesía, que es un yo que parte de la experiencia única para hablar de la experiencia humana, sino un yo que va por otro lado: esto que me pasó a mí no doy por hecho que le pase a alguien más pero quizá alguien más puede ser yo mientras me lee.

Los relatos que mejor se contraponen son los que parten de la autobiografía, de la primera persona, de la capacidad de ver, escuchar, imaginar qué siente quien está frente a ella. Lo que logra, en sí, es como periodismo de guerra: atento, arriesgado, temperamental, frío sólo para poder contarlo, pero que hierve de fiebre en su propio ritmo y su propio espanto. “Dentelladas de tigre” es un claro ejemplo de lo ferviente que puede ser su prosa. Primero describe a la prima que fue ganadora de concursos de belleza, luego la cena de navidad que las espera, Texas; el relato se transforma en una crónica realista sobre ir a una clínica de El Paso a practicarse un aborto. No se hace el aborto, pero como debe pasar la noche ahí, cuenta lo que ve. Pasa de una escritura clínica (de ahí lo frío) a lo otro: a su propio desnudamiento, la revelación de la fragilidad, de su vida frente a la prima sofisticada, cómo fue crecer, los padres situados a lo lejos; y, al final, la cena de navidad que culmina en la frivolidad de donar bastoncitos de caramelos a los niños pobres.

Si uno lee como detective, sabe dónde malversa la misma historia, vinculada a padres, hermana, esposos e hijos, sabe



Manual para mujeres de la limpieza

Lucia Berlin

Barcelona, Alfaguara,

2016, 432 pp.

cuándo ya contó lo mismo, y por ello sabemos bien dónde lo contó primero, o si lo contó mejor en una historia que otra. O eso creemos. Las pistas están ahí.

¿Qué se puede contar de uno mismo? ¿Los pensamientos? ¿Los viajes? ¿Las anécdotas simpáticas? ¿Lo doloroso? ¿Lo que uno asegura que pasó? ¿Lo que uno contrapone junto al hermano para saber si eso pasó tal cual y lo recordamos? ¿Quién era el de la foto ahora desgastada? ¿Qué hacía el tío tal en la casa ese verano/otoño? ¿La cárcel? ¿El amor? ¿Lo que queríamos hacer y no nos dio tiempo? ¿El dinero, su falta?

Berlin no tuvo una vida sofisticada de escritor. Limpió casas, dio clases de español, fue enfermera en los turnos de noche en la sala de emergencias, vivió mucho tiempo en condiciones terribles. Y escribió.

Homesick ganó el American Book Award en 1991 y *Manual para mujeres de la limpieza* es uno de los libros más importantes de los últimos años. Al final terminó con una cátedra de escritura en una universidad de Colorado. Su vida fue intensa, prodigiosa incluso. Y no separó nunca la idea de escribir/vivir como lo hicieron tantos en beneficio de su obra. Su trabajo está lejos de ser suave y dócil, es una obra hecha de valor, rispidez, autocrítica, violencia y una cierta dulzura necesaria. Para hablar de uno también debe haber perdón. 